

## APUNTES SOBRE UNA INTERVENCIÓN PARA DECONSTRUIR LAS CONDICIONES QUE GENERAN LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL

### ABOUT AN INTERVENTION TO DECONSTRUCT THE CONDITIONS THAT GENERATE VIOLENCE RELATED TO SOCCER

Federico Czesli<sup>1</sup>  
Diego Murzi<sup>2</sup>

#### Resumen

En este artículo se propone narrar una experiencia de intervención directa sobre la problemática conocida como *violencia en el fútbol* en escuelas secundarias de la ciudad de Buenos Aires. Dado que hasta la fecha no se registran iniciativas que trabajen de manera preventiva y directa con jóvenes potencialmente involucrados, se ofrece un primer balance, las mediaciones con las que fue necesario negociar al salir del campo académico e ingresar en el político, y se sugieren algunas líneas de acción futura para continuar un debate en torno a las políticas públicas que deben tomarse en esta materia.

**Palabras claves:** Fútbol, violencia, intervención, barras, bravas, Argentina, educación, jóvenes, escuela.

#### Abstract

The article shows the results of an intervention in Buenos Aires' Secondary Schools to work on the field called "violence related to soccer". Due to the fact that it's the first attempt to work on a preventive way, we show the mediations and negotiations that dealing with politics involves, we offer a first balance and some action plans to keep developing a debate around the public politics that should be taken to deal with this issue.

**Keywords:** soccer, violence, intervention, hooligans, Argentina, education, teenagers, school.

Fecha de recepción: 10 de octubre de 2014

Fecha de aprobación: 20 de marzo de 2015

#### Para citar este artículo:

Czesli, F. y Murzi, D. (2015). Apuntes sobre una intervención para deconstruir las condiciones que generan la violencia en el fútbol. *Lúdica Pedagógica*, (21), 103-112.

1 Licenciado en Ciencias de la Comunicación, maestrando en Antropología Cultural (Universidad Autónoma Metropolitana de México). Correo electrónico: federicoczesli@gmail.com

2 Magíster en Sociología, doctorando en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Correo electrónico: diegomurzi@gmail.com

## INTRODUCCIÓN

*—¿Quién tiene aguante acá?  
—Vamos afuera y vemos —contestó el chico, mirando al suelo, casi susurrando.*

De esa manera, provocación contra provocación, comenzó uno de los talleres sobre violencia en el fútbol que los autores de este artículo dictaron entre agosto de 2013 y julio de 2014, en escuelas secundarias de la ciudad de Buenos Aires. Dado que hasta el momento no existen registros de experiencias de intervención en contacto directo con sus destinatarios y dirigidas a desarticular las condiciones culturales que generan la tradicionalmente denominada *violencia en el fútbol*, aquí se propone compartir la evolución y experiencia que surgen de esta práctica, a modo de estudio de caso.

En consecuencia, en este artículo se analizan las implicaciones de adaptar el discurso académico al escolar, así como las mediaciones que propone el sector político frente a las iniciativas que provienen del mundo académico o la sociedad civil.

## FÚTBOL, VIOLENCIA Y “AGUANTE”: UNA MIRADA CULTURALISTA

El abordaje de *la violencia en el fútbol*<sup>3</sup> que se llevó a cabo en los talleres se enmarca en la tradición de los estudios culturales surgida en la década de 1960 en la escuela de Birmingham, y parte de una concepción de la cultura como “el proceso social de conferir y retirar significados, y el lento desarrollo de significados ‘comunes’, una cultura común” (Hall, 2006, p. 236).

Pensar la cultura de esta manera implica considerar que en una sociedad ese proceso productivo y significativo se produce de diversas maneras, y que más allá de que se pueda tener una opinión sobre los modos violentos de dirimir conflictos (además de la

posibilidad de promover alternativas), a la hora de abordar la problemática se quiere interrogar sobre por qué en otros grupos sociales esa violencia *hace sentido*, para desde ahí intentar desarticular y promover un cambio. En esta instancia sí se asume la implicación política que tiene toda intervención. Como expresó Javier Alcalá (2007):

Nuestra tarea es **problematizar la interpretación** del grupo, aportar una mirada crítica que posibilite una nueva lectura de la realidad. Esta lectura crítica es la que pondremos en juego en los distintos encuentros con la organización y es nuestro aporte al grupo. [...] asumimos nuestra **intencionalidad política** y la elección de un **modelo de sociedad** al cual buscamos construir: “la determinación objetiva de necesidades se deriva no sólo de consideraciones científicas sobre un desarrollo social y humano, sino también de juicios de valor sobre el tipo de sociedad y de individuos deseables” (Sirvent, 1999, p. 118).

La trayectoria académica de los autores de esta investigación se enmarca además en la perspectiva latinoamericana que trabaja a partir del concepto de *aguante* y que propone restituir la racionalidad y los sentidos que envuelven a la violencia. El primer investigador que trabajó sobre la materia fue Eduardo Archetti, quien en 1985 planteó:

Los hinchas ponen en juego no solo el prestigio del club sino partes de su identidad posicional. Los cantos son parte del elemento dramático asociado a la masculinidad y a las fronteras entre géneros. La sexualidad es lo que está en discusión, lo que se juega es la condición de macho, la virilidad y la conservación de ese espacio que distingue a los “verdaderos hombres” de los otros, “de los hombres disfrazados de hombres”, de los homosexuales (p. 9).

En la década de 1990, Pablo Alabarces y Julio Frydenberg, siguiendo la senda de Archetti, dieron lugar a dos compilaciones que se enfocaron en la violencia en el fútbol: “Peligro de gol” (2000) y “Futbologías” (2003). Allí, el fútbol fue concebido como “un escenario privilegiado para la producción de identidades” (Villena, 2002) y se analizó, entre otros temas, la dimensión ritual de la hinchada y la tribuna como campo de disputa simbólica y resistencia.

Junto con los estudios sobre violencia que provenían de Europa (Armstrong, 1999; Mignon, 1998; Bromberger 1993), esta fue la base para una nueva camada de

3 Se recurre a esta conceptualización para simplificar la temática sobre la que se hablará. No obstante, el interés aquí es destacar que la violencia de los hinchas es solo una de las muchas violencias que se producen en torno del fútbol. Por este motivo, en el campo académico ya no se hace referencia a *violencia*, sino que se hace en plural, con el objeto de destacar las muchas otras violencias que tienen lugar en el mundo del fútbol y que comúnmente no son objeto de los titulares de la prensa. En este sentido, se entiende con Garriga y Noel (2010) que “ningún actor social acepta ser definido como violento y en consecuencia la clasificación de sujetos y acciones como violentas desnuda un campo de lucha por la significación y por la imputación de un estigma”.

investigadores entre los que se incluyen José Garriga Zucal (2007), Verónica Moreira (2005), Gastón Gil (2002) y Christian Dodaro (2005), entre otros, quienes pusieron el foco en la violencia como constructora de identidades a partir del honor y dieron nacimiento a la concepción de *aguante*, definido como

[...] bien simbólico de notable relevancia, que instaura a los sujetos como “verdaderos hombres” diferenciándolos de los “putos”, distinguiendo a los participantes de aquellos que se identifican como hombres pero no utilizan la violencia como prueba de su masculinidad (Garriga, 2007, p. 54).

A partir de esta definición aquel que *se para*, que *no corre*, que *va al frente* es el triunfador en el combate. Quien logra quedarse en el campo de batalla es el que se adjudica la victoria, mientras que el que se retira, vencido por la lucha corporal o huyendo de esta, es el derrotado. En paralelo, el que se enfrenta al adversario y permanece en el campo de batalla, venciendo al contrincante o resistiendo la derrota, pero sin retirarse, se hace poseedor del bien simbólico *aguante*.

Si desde esta percepción la violencia deja de ser esencial e irracional y pasa a estar cargada de sentidos, nos interesa destacar que nos oponemos a aquellos sectores que consideran que la violencia en el fútbol es exclusivamente producto de un grupo de *inadaptados*, *irracionales*, *enfermos* o, incluso, *mercenarios*, cuyo interés es hacer del fútbol su negocio y su modo de vida a través de la complicidad con el poder político y la dirigencia futbolística, y que por ende consideran que las *barras bravas* pueden ser definidas exclusivamente como *mafias*.

Comprendemos, no obstante, que estas expresiones forman parte de la tensión que envuelve a la diversidad de culturas que forman parte de una sociedad, de las estrategias y tácticas de conservación y subversión que allí se despliegan. Como plantearon Isla y Míguez (2003), en la definición de qué es violento y qué no establece un campo de disputas entre actores diversos posicionados diferencialmente en una estructura de poder, y la negatividad que conlleva ser definido como violento establece los límites de este campo. Asimismo, Garriga, Cabrera y Czesli (s.f.) especifican:

Ante cada hecho de violencia, los medios de comunicación y los funcionarios públicos ponen en escena un juego de luces y sombras que ilumina

las prácticas violentas de unos pocos, culpándolos de las desgracias y desventuras que azotan los estadios, opacando –olvidando con más perversión que ingenuidad– las acciones de otros actores sociales. El resultado de esta operación es atribuir a las llamadas “barras bravas” todos los males del mundo del fútbol, invisibilizando otras formas de violencia (s.p.)

Frente a esta mirada esencialista, que en última instancia sostiene que *los violentos* son violentos y que deben ser erradicados, aquí se propone indagar en los procesos identitarios y en las condiciones que generan y posibilitan que se produzcan este tipo de conductas. En ese sentido, acompañamos una mirada constructivista de la identidad (García Canclini, 1994, entre muchos otros), que implica concebirlas como históricamente construidas y sostener que la identidad no es la expresión *normal* ni *natural* de un grupo sino que existen componentes imaginarios que ordenan la construcción de un *nosotros*. En consecuencia, la identidad aparece como una construcción imaginaria.

El *aguante* también tiene correlación con las perspectivas antropológicas de la identidad, donde el foco está puesto sobre la alteridad. Si el *aguante* está ligado a la identidad de género porque les permite a los individuos distinguir a los *machos* (los verdaderos hombres, aquellos que utilizan la violencia como forma de honor) de aquellos que no la aplican (los *putos*), también es una identidad relacional, ya que a partir de la oposición entre *machos* y *putos* se construye un *nosotros*, una mismidad.

La identidad es, entonces, un juego de distinciones, oposiciones y diferencias, y a través de la alteridad se solidifica la constitución del colectivo: al establecer un *nosotros* se define un *ellos*, definiciones que son dinámicas y contextuales (Hall, 2003). Asimismo, y en línea con Richard Jenkins, “las identidades sociales existen y son adquiridas, asignadas y reivindicadas dentro de relaciones de poder” (citado por Dodaro, 2005, p. 60), de modo que el proceso identificatorio se constituye a partir de la capacidad de *definir* al otro.

Justamente al momento de definir al problema de la violencia en el fútbol, se entiende que desde la misma manera de nombrar al fenómeno hay un problema. Que no es retórico sino ético, en la medida en que encierra supuestos erróneos: porque no hay *violentos* ni *violencia en el fútbol*, sino condiciones que posibilitan el

acontecer de prácticas violentas en torno de eventos futbolísticos. Condiciones de posibilidad que, al involucrar distintos planos y sectores, vienen a echar por tierra la consabida figura del *culpable*.

## BREVES ANTECEDENTES ENTRE ACADEMIA Y POLÍTICA: NEGOCIACIONES Y MEDIACIONES

Desde el momento en que la violencia en el fútbol se volvió un tema de interés para las Ciencias Sociales en Argentina, a mediados de los años 1980, fueron contados los casos en que los trabajos académicos trascendieron su órbita y tomaron contacto con el campo político. Los acercamientos más importantes se produjeron a principios del 2000 cuando algunos investigadores acompañaron al exárbitro de fútbol Javier Castrilli en el Ministerio de Seguridad y Justicia de la Nación, con el objetivo de combatir la violencia en el deporte. La experiencia fue poco satisfactoria para los investigadores debido a que las disputas políticas con el gobierno provincial dificultaban la generación de políticas concretas:

No hubiera sido posible una acción política eficaz, porque las contradicciones de la Comisión Castrilli eran infinitas: comenzando con la participación de un célebre comisario, que le pasaba todos nuestros textos internos a la Policía Bonaerense para que “opinara” sobre ellos, o la de algunos otros partícipes de la empresa que entendían que nuestro equipo estaba “del lado de las barras bravas” (Alabarces, 2004, s.p.).

Luego de esta experiencia, los acercamientos entre política y academia fueron casi inexistentes hasta 2012, año en que un conjunto de académicos redactó un *dossier* denominado “Propuestas de acción e intervención para la construcción de una seguridad deportiva”, donde se plasmaron las ideas que surgieron de los estudios académicos (Alabarces et al., 2012). El documento tuvo difusión en medios masivos de comunicación, pero la iniciativa no redundó en acciones concretas ni en la generación de una construcción conjunta.

En la medida en que la articulación con el campo de la política se reveló compleja y poco fructífera para los investigadores que trabajan sobre violencia en el fútbol, la necesidad de construir espacios de diálogo con la sociedad tuvo que pasar por otros canales. Es así que algunos investigadores, incluidos los autores de este artículo, comenzaron a participar en la ONG Salvemos

al Fútbol (SAF), donde se logró un espacio para difundir el resultado de dichos trabajos. Esta ONG, nacida en el año 2007, se propuso desde sus inicios “denunciar y hacer visibles los casos de violencia, corrupción y discriminación que ocurren en el mundo del fútbol argentino”. Entre sus objetivos se incluye el acompañamiento y el asesoramiento legal a familiares de víctimas de la violencia en el fútbol; abrir marcos de actuación legal al presentar denuncias judiciales frente casos de corrupción y maniobras fraudulentas en los clubes; elaborar bancos de datos y estadísticas en torno de las víctimas fatales relacionadas con el fútbol a lo largo de la historia argentina, y desarrollar actividades de concientización, educación y capacitación dirigidas hacia diferentes actores de la ciudadanía, como dirigentes, jóvenes y periodistas.

La relevancia pública que posee SAF como referente en la lucha contra la violencia en el fútbol genera que múltiples y variados actores se acerquen a la asociación para pedir referencias, información, asesoramiento o colaboración. Desde ciudadanos particulares, árbitros y dirigentes de fútbol hasta familiares de víctimas, hinchas, periodistas o funcionarios públicos, SAF interactúa con todo el espectro de actores del mundo del fútbol. Esa visibilidad permitió entrar en contacto con funcionarios del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, quienes enterados del perfil de la asociación se contactaron para conocer más en detalle el trabajo que se estaba realizando.

Esto nos lleva a preguntarnos por qué es tanto más fácil establecer puentes de diálogo entre la política y una ONG que entre la política y la academia. Más allá de la legitimidad social y cultural de los académicos, la realidad marca que para el mundo de la política es más conveniente, o al menos más sencillo, articular con las organizaciones de la sociedad civil que con la universidad. Esto se debe en parte a cuestiones administrativo-burocráticas (la posibilidad de contar con personería jurídica, por ejemplo), pero también de legitimidad frente a la sociedad y de publicidad (es más rentable en términos simbólicos para un Gobierno decir que trabaja junto a una ONG que “lucha por mejorar la sociedad” que junto a académicos que nadie conoce).

El disparador de la articulación con el Gobierno fue una muestra de fotos sobre grafitis ligados al fútbol que los colegas y excolaboradores de SAF Santiago Uliana y Sebastián Sustas habían realizado a principios de 2013.

A partir de los significados diversos que se hallan en el universo del fútbol argentino, la muestra proponía un recorrido por los mensajes y pintadas que los hinchas dejan en el espacio público. Allí aparecían elementos de la cultura futbolística cruzados con dimensiones más amplias, como el *rock*, los consumos, los héroes populares, los territorios y la violencia. Esto también marca un elemento interesante: el campo político expuso no precisar numerosas definiciones en torno a la problemática ni un posicionamiento claro ni iniciativas concretas para paliar el problema: alcanzó en un inicio con una muestra de fotos rotativa para poner el tema en agenda de la organización y así exponer (ante los directivos inmediatamente superiores, en los balances de actividad anual, ante la sociedad a través de talleres que acompañaban la muestra y mediante difusión por el canal de cable del Gobierno) que dicha área estaba trabajando, se estaba encargando de una problemática que sí tenía repercusión en los medios masivos.

Así fue que tras algunos meses de diálogo y de discusión sobre posturas y formas de abordaje del objeto en cuestión (la violencia en el fútbol), comenzamos trabajo conjunto con la Dirección de Convivencia en la Diversidad, dependencia de la Secretaría de Derechos Humanos del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, en pos de dar a luz un taller que pudiera ser realizado en escuelas secundarias de la ciudad. Su diseño dependió exclusivamente de decisiones propias de los investigadores y en ningún momento se les impusieron ideas, líneas ideológicas ni contenidos. De todas maneras, al momento de armar el dispositivo se contaba con la información de que la Dirección de Convivencia trabaja sobre la base de la *inclusión* –es decir que no propone *eliminar la violencia* ni *evitar la discriminación*, sino *propiciar la tolerancia*– y que el taller sería dictado en el marco de jornadas junto a otros talleres. Estos dos factores (una perspectiva de política pública y la incorporación a un dispositivo institucional) constituyeron mediaciones que en el primer caso propone y en el segundo impone el diálogo con el campo político. Tomarlos en cuenta o no, adecuarse o no hacerlo son elementos de debate al interior de los actores de la academia.

### TALLER “VIOLENCIA Y DISCRIMINACIÓN EN EL FÚTBOL”

Al final se presentó un primer proyecto con el título “Violencia y discriminación en el fútbol” que entre sus

objetivos propuso poner el foco “en la comprensión de las ideas de inclusión social, tolerancia y convivencia hacia la producción de mayores niveles de ciudadanía”. Otro de sus objetivos era “generar reflexiones activas para revertir las actuales ideas de exclusión, intolerancia y discriminación social que circulan mayoritariamente como modos predominantes de relación en el mundo del fútbol”.

Enmarcado en la problemática de la discriminación, el diagnóstico del proyecto a partir del cual se avanzó indicaba:

[...] existe en la visión de la totalidad de los actores intervinientes en el fútbol y del conjunto de la sociedad una imposibilidad de pensar las rivalidades desde una perspectiva amplia que contemple inclusión social y recreación de prácticas de ciudadanía, como modo democrático de resolución de los conflictos tanto dentro como fuera de las canchas y contribuir así a bajar los niveles de violencia en el fútbol.

De esta manera, los resultados a los que se apunta con la puesta en práctica del dispositivo incluían: 1) aportar a los participantes del taller nuevas herramientas de comprensión cultural sobre determinadas prácticas y discursos que forman parte del actual universo del hincha de fútbol, aquellas que alcanzan un alto grado de difusión en los medios de comunicación masivos; 2) que los participantes logren valorizar la diversidad en las identidades futbolísticas, para que así incorporen la idea de la existencia de un pluralismo social y cultural como mecanismo enriquecedor de la vida democrática y de la propia identidad; 3) promover mecanismos que permitan colaborar con la identificación y eliminación de actitudes discriminatorias, xenófobas o racistas; 4) que los participantes puedan elaborar conclusiones generalizables y válidas relativas a la comprensión del fenómeno de la violencia, la exclusión y la discriminación en el fútbol argentino; 5) aportar elementos para que los participantes logren desarrollar una comprensión en términos de valores y representaciones sociales relativos a los roles jugados por la figura del otro en la construcción de la identidad propia (en los hinchas de clubes de fútbol); 6) que los participantes puedan desnaturalizar, a partir de la autopercepción, sus propias prácticas y discursos discriminatorios respecto a la figura del otro desde el universo futbolístico. Como se percibe, la decisión en este caso fue adecuarse a la propuesta del Gobierno y adaptar el modo de concebir

la problemática a la propuesta de política pública que desde el área ofrecieron. Y acá no debe pasar desapercibido un elemento fundamental: lo que se transforma no es solo un modo de concebir la política pública sino de pensar al conflicto.

Los talleres estuvieron enmarcados en las Jornadas “Educando en la Diversidad” que incluían a su vez a otros de temáticas como “Identidad”, “Resolución de conflictos”, “Memoria social”, “Valores colectivos”, “Diversidad sexual”, “Trata de personas”, “*Bullying*”, “Noviazgos violentos”, “Violencia en el fútbol”, “Cromañón nunca más” y “Diversidad cultural”.

En ese contexto, contábamos con cerca de 40 minutos por grupo para trabajar con cursos de entre 10 y 35 adolescentes, y en cada jornada dábamos cuatro talleres. Esta modalidad *masiva* (que surge de la necesidad de la Dirección de Convivencia de exponer resultados cuantitativos ante las áreas a las que reportaba) condicionaba la modalidad del taller porque implicaba continuidad nula en el abordaje y en la relación con los estudiantes, sino que proponía un único encuentro con jóvenes de los que (en la práctica se descubrió) se desconocía el perfil, así como se desconocía la dinámica particular o las problemáticas de cada escuela hasta llegar al aula, y porque –por su escaso tiempo– obligaba a condensar significados para intentar transmitir algún *contenido* de la forma más *efectiva* posible. A favor de la modalidad, por el contrario, se debe mencionar la posibilidad de conocer en poco tiempo las percepciones de una amplia diversidad de jóvenes de distintos sectores sociales y zonas geográficas de la ciudad.

Sin contar con experiencia previa en prácticas pedagógicas, se decidió comenzar con una dinámica grupal: que formaran grupos de cuatro o cinco chicos y contestaran dos preguntas: “¿Qué es la violencia en el fútbol?” y “¿Por qué creen que se produce?”, a la que a medida que pasaron los talleres se agregó una tercera: “¿Ustedes se pelearon en los últimos tiempos, o conocen a alguien que lo haya hecho?”. Si las dos primeras brindaban un panorama de las perspectivas respecto de la problemática, la última apuntaba a generar una continuidad temática entre las nociones que podían tener sobre violencia del fútbol y las diversas violencias que ellos podían atravesar en otros espacios de sus vidas cotidianas. Y también y sobre todo, posibilitaba desligar a la violencia en el fútbol del universo

de las barras bravas –una asociación motorizada por los medios de comunicación que constituye un primer obstáculo a la hora de abordar el fenómeno de forma más abarcativa– y acercarla a su propia experiencia. Si los estudiantes pensaban a la violencia en el fútbol exclusivamente como la acción de barrabravas organizados y profesionales, iba a ser mucho más difícil poder interpelarlos acerca de los sentidos de la violencia que, como se expuso en los objetivos del proyecto, interesaba movilizar.

Estas preguntas iniciales también permitieron ordenar a los grupos cuando se trataba de aulas numerosas: ya no eran 30 los interlocutores sino que pasaban a ser cinco o seis en representación de los demás, algo importante a la hora de aprovechar mejor los 40 minutos de cada taller. Sus respuestas iban siendo anotadas en términos de palabras clave en el pizarrón y permitió generar un primer diálogo entre ellos. En paralelo, al frente de la clase, se podía tomar conocimiento del modo en que se relacionaban entre ellos en el aula, de los roles que cada uno construía en ese breve lapso, del trato que proponían y de su relación con la problemática.

Y este último elemento es importante, porque si bien los contenidos del taller habían sido realizados a partir de los conceptos que se intuían más extendidos en el plano social –que *los barras* son *mercenarios*, *mafiosos* o *enfermos* que mediante la violencia hacen negocios con *la política*– no necesariamente eran los que ellos tenían incorporados. Permitted además apostar por un primer material escrito por los alumnos que posibilitara una evaluación posterior de lo que un número tan representativo como disperso de adolescentes de la ciudad de Buenos Aires perciben respecto de la *violencia en el fútbol* (los intentos de sistematizar dicho material aún no brindaron resultados pertinentes). Por último, gracias a los pocos recursos que implicaba, posibilitaba aplicarla a todas las escuelas.

Una vez concluida esa etapa y compartidas las opiniones se proyectaban –si se contaba con proyector; el *notebook* la aportaron los investigadores de este taller– un video o una serie de diapositivas. El primero mostraba una serie de canciones de hinchada en las cuales el foco de los cánticos –subtitulado– era la oposición macho/puto a la que se hizo referencia previamente, la relación con las drogas, la apelación a los *huevos* y a

la cobardía ajena (ser *cagón*), o figuras como *correr* al enemigo; en el segundo caso, valores similares aparecían materializados en grafitis de paredes de distintos barrios.

Se contaba con ellos para utilizarlos alternativamente (o ambos si fuera necesario), con la idea de que los estudiantes revisaran sus opiniones a partir del análisis del discurso de la *tribuna*, y también de darle más dinámica al taller en caso de un abundante silencio de los participantes o de un exceso de opiniones que no pudiéramos encauzar<sup>4</sup>.

Tras el video o la presentación de diapositivas se proponía responder de nuevo las preguntas iniciales, esta vez de manera conjunta –y una vez más, sus respuestas eran anotadas en el pizarrón–. A partir del material y de lo que ellos decían, se sugería una perspectiva respecto de la violencia: recuperar la dimensión cultural del fenómeno, y preguntarles (y preguntarnos) si acaso existía la posibilidad de que todos atravesaran a lo largo de sus vidas procesos similares a los que en el caso de los hinchas derivan en acciones violentas. Es decir, si se postula la hipótesis de que parte de la violencia está motivada por la necesidad de pertenecer al colectivo y demostrarles a los pares la virilidad a partir del combate, se podría considerar que como proceso es una forma extrapolable a todos los individuos adolescentes. A veces se materializa a través del consumo de determinados productos o bienes (la ropa, por ejemplo), a veces de consumos como cigarrillos, drogas o alcohol, a veces del debut sexual: los ritos de iniciación y pertenencia forman parte de todas las comunidades y colectivos.

Mediante este mecanismo se les interpeló sobre sus propias formas de distinción y pertenencia, a través de preguntas y respuestas como: “¿Qué es *tener huevos*?”, “¿Qué es *correr*?”, “¿Qué significa *dejá de chamuyar*?”. Se intentó desnaturalizar el lenguaje cotidiano de las hinchadas y promover una reflexión sobre los propios modos de dirigirse a los otros (a aquellos otros negados). Entiéndase: si bien la propuesta propiciaba el debate y el intercambio de conocimientos, y aún a sabiendas de que no nos consideramos con *más conocimiento* que los propios chicos –que podían vivir

cotidianamente la violencia– la experiencia expuso que 40 minutos no es tiempo suficiente para llevar a cabo un debate profundo, una reflexión sobre la propia práctica y, desde ahí, una búsqueda colectiva de alternativas a la adquisición de honor mediante la violencia. En consecuencia, de los objetivos iniciales se fue promoviendo con contundencia (y abandonando terminología académica) las siguientes ideas:

1. Toda identidad se constituye a partir de una alteridad. Y esquemáticamente la identidad es la respuesta que cada uno y su comunidad se da a la pregunta por quién soy. Por eso, ese *otro*, rival en el combate, permite responder esa pregunta: brinda un elemento respecto del cual distinguirse y así constituirse en sujeto de honor: “Soy de (x equipo de fútbol) porque tengo huevos”, o “soy de (x barrio) porque me la banco”, o “porque escucho (x género musical) soy capo/macho/etc.”.
2. Ese *otro*, sin embargo, es en realidad un par, que *juega* dentro de las mismas reglas y que me permite mostrarle a mis pares que yo tengo derecho de pertenecer al grupo. La intolerancia hacia el otro pasa por la incompreensión de que el otro también es un igual, con la diferencia de que está en la vereda de enfrente.
3. La violencia no esencial sino que tiene sus lógicas, sus *racionalidades*. Los hinchas que tienen conductas violentas no son locos, enfermos ni irracionales, sino que esas prácticas violentas tienen una lógica y una razón de ser en el ámbito de las hinchadas.
4. Hay que dejar de pensar a la violencia como una cuestión de *buenos y malos*. El recurso a la violencia puede ser aceptado y legítimo en algunos contextos y para algunos grupos sociales y no para otros.
5. (Cuando los alumnos vivían situaciones cotidianas de violencia). Las peleas callejeras no son como las de las películas, donde el héroe evita todos los golpes: en la calle hay balas, botellazos, puñales y chicos que terminan en el hospital, en sillas de ruedas o parálíticos. Y no alcanza con las caravanas que organizan

<sup>4</sup> Con el tiempo se descubrió que si bien el video tenía más *impacto* y era más atractivo, el Power Point era más efectivo porque permitía ir dialogando a medida que se sucedían las imágenes.

las familias para pedir justicia o los murales recordatorios. Toda esa tristeza se puede evitar, de modo que les propusimos que antes de pelearse recordaran esas imágenes e intentarían generar caminos para resolver los conflictos sin violencia.

En total, entre agosto de 2013 y julio de 2014 se dieron 25 talleres repartidos en 10 jornadas organizadas por el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Los alumnos que participaron de los talleres tenían edades que iban desde los 13 a los 21 años. Tres fueron dictados en escuelas nocturnas y los otros 22 en escuelas secundarias diurnas. Todas las escuelas donde intervinimos pertenecían a la ciudad de Buenos Aires, y los barrios en que estaban localizadas fueron: Abasto, Recoleta, Pompeya, Barrio Norte, Colegiales, Caballito, Mataderos y Retiro.

Como en cualquier experiencia donde se utiliza un mismo dispositivo aplicado a grupos humanos diversos, el resultado fue sumamente variable en cada realización. Cada taller tuvo así la impronta del grupo al que estaba destinado y se puede afirmar que no hubo dos experiencias similares entre las tantas que se llevaron a cabo.

### PRIMERAS CONCLUSIONES Y POSIBLES LÍNEAS DE PROFUNDIZACIÓN

En la medida en que un análisis pormenorizado de la experiencia excedería largamente el espacio propuesto para este artículo, hubo un enfoque en el recorrido que llevó a concebir y a poner en práctica un taller para estudiantes de escuelas secundarias basado en la violencia en el fútbol. Se espera que el material de campo que constituyen los audios de cada taller y las respuestas escritas de los alumnos ante las preguntas-consignas que se les formularon brinden la perspectiva de generar observaciones más precisas que posibiliten, asimismo, un abordaje sistemático con un muestreo más amplio y representativo y la consecuente generación de políticas públicas enfocadas en el rango etario tradicionalmente relacionado con la adolescencia. Sin embargo, no se quiere dejar de compartir las impresiones iniciales que surgieron durante la misma práctica, ya que podrían funcionar como hipótesis de abordaje de un trabajo mayor.

En lo que se refiere a los discursos de los chicos sobre el objeto *violencia en el fútbol*, lo que aparece mayoritariamente es la reproducción del discurso de sentido común que movilizan los medios de comunicación. *Violencia* se identifica con *barras bravas* y en muchos casos (menos de los que se esperaban, sin embargo) las *barras* fueron identificadas como *hinchas profesionales, mercenarios o delincuentes*.

De la misma manera, apareció también con frecuencia la explicación que naturaliza y entiende la violencia dentro de los estadios a través del argumento de la pasión. Según esta perspectiva, habría violencia en el fútbol porque hay pasión y la pasión implica que los hinchas dejan de lado la racionalidad y den rienda suelta a sus instintos, que los llevan a pelearse. Este discurso es utilizado recurrentemente en los testimonios de los hinchas cuando se refieren a la violencia e intentan explicarla con sus palabras, y se cree que su origen puede ser rastreado en el programa televisivo *El Aguante* que se emitía por T y C Sports.

La apropiación acrítica del discurso massmediático por parte de los jóvenes a la hora de referirse a la violencia en el fútbol podría confirmar lo que autores como Alabarces (2004) han señalado: que la voz hegemónica en este campo es la del periodismo deportivo. Por eso mismo, a la hora de pensar herramientas de prevención de la violencia un abordaje posible podría consistir en trabajar sobre los discursos sociales establecidos que circulan a través de los medios de comunicación. La apropiación que hacen los jóvenes del discurso referido a la violencia en el fútbol sirve como muestra de la eficacia del mensaje televisivo y de la potencialidad que tiene como elemento de transformación si se lograra virar la perspectiva que en general se expuso hasta ahora.

Otro dato saliente del trabajo de campo, corroboramos que la misma lógica que explica una parte de la violencia en el fútbol también aparece en otros tipos de conflictos entre los jóvenes. Se hace referencia aquí al juego de distinciones que a través de una figura de alteridad solidifica la construcción del propio colectivo, conformando un *nosotros* contrapuesto a un *otros* que es a la vez cercano en el espacio físico pero percibido como antagonico en el terreno de lo simbólico. Esa lógica parece determinar bandos no sólo futbolísticos sino también territoriales (entre *barrios, paradas*

o *esquinas*), musicales (*cumbieros vs. metaleros*) o simplemente de afinidad (*bandas*).

La experiencia también demostró que los chicos tienen muy arraigado el concepto de *aguante*, y sobre todo la disposición física al combate que una de las dimensiones del *aguante* supone. El *aguante* como valor, como ética y como estética está presente más allá de la violencia en el fútbol y forma parte de la sociabilidad cotidiana para algunos de los jóvenes. Un ejemplo de esto lo constituye un alumno del Comercial No. 10 que, ante nuestra recomendación de elegir alternativas diferentes a la violenta para enfrentar situaciones de provocación, respondió: “[...] hoy puedo salir corriendo, pero mañana me van a venir a buscar de nuevo; mañana puedo volver a correr pero va a llegar un día que me voy a tener que pelear, porque si no me peleo no me van a dejar caminar tranquilo por el barrio”.

Al inicio del texto se transcribió un breve diálogo con un alumno. Mediante ese episodio se pudo corroborar que la provocación verbal podía tener para algunos chicos un correlato físico cuya posibilidad era mucho más próxima de lo que a priori se suponía. Al pronunciar la frase “¿Quién tiene aguante acá?”, la respuesta fue violenta y no disuasoria: el joven que contestó a nuestra provocación lo hizo llevando el desafío al terreno de lo físico, como lo postula la ley no escrita del *aguante*, donde el que se dice poseedor de ese capital lo tiene que demostrar a las piñas.

Pero como señala Alabarces (2004), el *aguante* también es una ética, es decir, una forma de pararse frente al mundo. Esto se comprobó en una escuela especializada en danza y con público mayoritariamente femenino. Derribando nuestro propio prejuicio por el que supusimos que las alumnas no se iban a ver interpelladas por el universo del fútbol, se encontró una sorprendente homologación entre el sacrificio que implica la danza y el del fútbol. Más allá de un saber corporal compartido entre ambas disciplinas, se observó que el *aguante* también estaba presente en el relato de las aprendices de bailarinas. Para ellas *tener aguante* era permanecer paradas bailando pese al cansancio

extremo, lastimarse los pies hasta el dolor o entrenar duramente para perfeccionar sus destrezas.

Volviendo a lo dicho anteriormente, el *aguante* sigue apareciendo para algunos jóvenes varones como una forma legítima de masculinidad. Aquí se resalta el *algunos*: a diferencia de lo que ocurre en las hinchadas de fútbol, donde el capital *aguante-violencia* es el que estructura las prácticas de los sujetos, entre los chicos participantes de los talleres se encontró bastante resistencia a las prácticas violentas, incluso cuando forzábamos la situación y proponíamos situaciones ficticias que hubieran podido incrementar la percepción de que su uso fuera válido.

De esto se puede concluir que quizás no haya una única solución al problema de la violencia sino una para cada grupo social intrabarrial, por ejemplo. Para algunos estudiantes *la violencia en el fútbol* apareció más como un dato televisivo que como una realidad cotidiana. Como algo que les sucede a los otros y que era ajeno a ellos mismos. En cambio, para otros, algunos de ellos jugadores de inferiores en clubes profesionales y chicos que incluso declararon tener cercanía con barrabravas, la violencia en el fútbol no les era ajena y podían experimentarla personalmente. En este sentido, la efectividad de un dispositivo, al igual que la de una política, tiene que erigirse sobre la diversidad de los sujetos que son sus destinatarios.

En suma, se corroboró que *la violencia en el fútbol* no surge ni se limita ni permanece en los estadios. Que es cotidiana y que existen manifestaciones de violencia en otros ámbitos de la vida social que se le parecen mucho. Por eso mismo, una política pública que se proponga trabajar sobre la violencia en el fútbol debe apostar a la resolución de conflictos de manera no violenta; y consideramos que dicha iniciativa no puede ser bajada *desde arriba*, sino que debe incluir a los propios actores, actores que comprendan la lógica de los barrios y que posibiliten el surgimiento de caminos alternativos a los violentos que susciten, asimismo, formas de respetabilidad legítimas al interior del territorio.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alabarces, P. (2004). *Crónicas del Aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Alabarces, P. y Frydenberg, J. (2000). *Peligro de gol. Estudios sobre Deporte y Sociedad en América latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Alabarces, P. y Frydenberg, J. (2003). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Alabarces, P. et al. (2012). Diagnóstico y propuestas para la construcción de una seguridad deportiva en Argentina. *Revista Ímpetus*, 3, 32-40.
- Alcalá, J. (2007). *Intervención: demanda y autoridad*. Ficha de cátedra de la asignatura "Taller de Comunicación Comunitaria". Inédita. Cátedra Vizer, Carrera de Ciencias de la Comunicación. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Archetti, E. (1985). *Fútbol y ethos. Monografías e Informes de Investigación 7*. Buenos Aires: Flacso.
- Armstrong, G. (1999). *Football, cultures and identities*. Londres: McMillan Press.
- Bromberger, C. (1993). *Le match de football: ethnologie d'une passion partisane á Marseille, Naples et Turin*. París: Editions de la MSH.
- Dodaro, C. (2005). Aguantar no es puro chamuyo. Estudio de las transformaciones en el concepto nativo. En: P. Alabarces (comp.). *Hinchadas* (pp. 128-153). Buenos Aires: Prometeo.
- García Canclini, N. (1994) *Culturas Híbridas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Garriga, J. (2007). *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Garriga, J.; Cabrera, N. y Czesli, F. (s.f.). *El aguante: violencia en el fútbol y políticas públicas en la Argentina*. Inédito.
- Garriga, J. y Noel, G. (2010). Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso. *Publicar en Antropología y en Ciencias Sociales*, 9, 101-126.
- Gil, G.J. (2002). *Fútbol e identidades locales. Dilemas de fundación y conflictos latentes en una ciudad "feliz"*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Isla, A. y Míguez, D. (2003). De la violencia y sus modos. Introducción. En: A. Isla y D. Míguez (ed.). *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.
- Hall, S. (2003). Introducción: ¿Quién necesita identidad? En: S. Hall y P. De Gay (comp.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hall, S. (2006). Estudios culturales: dos paradigmas. *Revista Colombiana de Sociología*, 27, 233-254.
- Moreira, M. V. (2005). Trofeos de guerra y hombres de honor. En: P. Alabarces (comp.). *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Mignon, P. (1998). *La passion du football*. París: Odile Jacob.
- Villena, S. (2002). El fútbol y las identidades. Balance preliminar sobre el estado de la investigación en América Latina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 14, 126-136. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901412>